

LLAMADOS A SER LUZ EN LA OSCURIDAD

Mariana Arrieta Álvarez⁶

Desde la cima de una montaña, un viejo ermitaño que hablaba con el viento, desde su cansado tono de voz decía: “No siempre el mundo fue así, hubo un tiempo en el que las mujeres y los hombres eran solo eso, seres humanos; un tiempo en que los colores solo eran parte del paisaje; el único límite era el horizonte y la armonía era nuestro Dios. ¿Cómo podría yo olvidar aquella fuerza suprema que permitía tener días felices y ver la figura del otro como mi sombra?” De aquellos tiempos solo queda la nostalgia en mi corazón, cierro mis ojos y puedo olfatear lo que la libertad significaba, días enteros de risa, gratitud y esmero; no había un solo marchante sobre la tierra que no se conociera, podías albergarte en cualquier morada y eras digno de sentarte a la mesa.

Eran aquellos días amigo viento donde la palabra significaba valor, donde la tierra era un bien común y las plantas y animales eran el dote más hermoso del creador para sus *hijos*. Él no hablaba de orientales y occidentales, únicamente usaba una palabra: hijos. Evoco los momentos cuando fui un trota mundo, fui a los confines de la tierra donde el agua aún era azul, las hojas de los árboles verdes y el sol de un gran color dorado igual que aquí y allá. El paso del tiempo nos llevaba hacía la juventud y luego a la vejez. Todo desde mis sentidos era similar.

Si soy inoportuno con mis recuerdos me dices querido amigo viento, hasta a ti te han convencido de que aquí eres alisios y después en el mar te vuelves monzónico. Pero igual mueves las hojas, refrescas una cálida mañana o despeinas mi cabello. Puedo hacer a través de ti que mi voz vuele y en lo lejano sea un murmullo. En un pasado fui músico; desde mis entrañas entonaba mi sonata, no había cuerpo en derrotero, pies firmes y labios delineados que se resistieran, de la nada todo se transformaba en

⁶. Estudiante de Especialización en Gestión de Procesos Psicosociales del CAT Sincelejo. Correo electrónico: marianaxmix@hotmail.com



celebración donde anular, pulgar y meñique hacían parte de una mano. Y con ello te quiero manifestar que éramos uno solo y funcionábamos para todos. Te preguntarás por qué llegue a estar solo o por qué me alejé de aquel mundo tan perfecto; un día desperté y noté que mis ojos eran azules, que mis manos ya no tenían cinco dedos y que por el contrario eran delgadas y blancas; pronto pude ver colores en sus cuerpos y ya no comprendía sus palabras, solo escuchaba voces tratando de descifrar aquellos mensajes. Pronto percibí que esto no sería momentáneo, que el mundo había cambiado y con él mis hermanos; ahora éramos latitudes y un costal de diferencias que pronto empezaron a corroer nuestros corazones. En poco tiempo el alma ya tenía un valor y la vida múltiples caras; muchos dejaron la aldea y los similares conformaron su propio asentamiento, ahora nos dividía una colina o un río, una palabra; era imposible traspasar esas barreras imaginarias o despertar de ese trance. Para muchos habíamos trascendido, ¿quién era yo para pensar lo contrario? ¿Acaso sería yo quien se negaría a aceptar esta nueva forma de vida? Así es que una noche simplemente decidí seguir hacia el sendero más lejano y dejar por sentadas todas aquellas respuestas.

De esta manera llegué a estas montañas, por vergonzosa cobardía, por total negación o por pura rebelión; tengo claro que allí ya no estaban mis sueños y que definitivamente había perdido mi norte. Comprendí que una sola voz no iba a cambiar lo que se estaba gestando. Algunas noches desde mis adentros imagino ese mundo perfecto, escucho las risas y siento el sincero abrazo de mis hermanos en mi espalda. Cuánto anhelo regresar el tiempo y liberarme de esta condena de vivir en soledad. Pero es precisamente en ese momento cuando pienso que con desear el pasado tal vez esté cayendo en la misma idolatría que ellos. Es triste tener que referirme en tercera persona y con sintonías de pasado, de quienes algún día fueron lo más preciado para mí.

Ahora bien, acabemos con este monólogo; sé tú quien le dé otro matiz a esto que tanto me agobia, confió en tu criterio y universalidad. Tú que vives entre nosotros desde tiempos remotos y que recorres toda la tierra ¿me dirás si aquello que nos identificaba como humanos todavía existe? Has logrado ver desde la cima del cielo y tu sentido no ha sido corroído, eres lo más cercano a una conciencia y sabrás solo decir verdades.

De inmediato el viento comenzó a hablar esto: hombre solitario, he observado todos los cambios que ustedes los mortales han propiciado; durante un tiempo estuve confundido y en ocasiones dudaba acerca de dónde soplar con más fuerza y dónde solo refrescar; a muchos elementos alcanzaron a confundir y pronto decidimos acompañarlos sin protestar, ya que sabíamos que algún día resolverían las diferencias y nuevamente serían unidos, que descubrirían que solos no podían lograrlo. Para yo existir necesito del mar y de la tierra y que cada uno de ellos haga su tarea; de acuerdo a su sentir puedo ser cálido o frío, pero al final sigo siendo el viento. Tengo la opción de ir más allá o concentrarme y devastar toda un área, que en resumidas cuentas es un cambio. Con ello quiero expresar que tu retirada de la multitud fue tu elección, respetada y razonable a tu sentir, otros como tú decidieron desde las contradicciones, desarrollar caminos de encuentro, apostaron por las raíces y no por las ramas, puesto que pese a estar separadas y pertenecer a diferentes racimos dan frutos y cumplen su destino de proveer alimento y oxígeno. Que nuestro entorno haya sufrido unos cambios que a nuestro juicio son negativos, debe impulsarnos a ver la semilla de la cual surgió una hogaza de pan.

Con tantas noches en la oscuridad, en medio del silencio de tus espacios de reflexión llegaron a tu mente ensueños; la fuerza suprema te visitó y lo confundiste con recuerdos o anhelos. Esperamos por muchos días a que rompieras el círculo de autocompasión y a que te convirtieras en ese ser de luz para el que fuiste creado. Echamos de menos tu fuerza y tu compromiso; por instantes quise alertarte, pero de haberlo hecho estaría violando las reglas universales, ¿dónde quedaría la libertad a la que fuiste llamado? Desde entonces hemos aguardado la ocasión en la que tú mismo decidieras solicitar nuestra ayuda; tu cuerpo ya vencido y adornado por esa corona de blanco armiño, nos da cuenta del pasar de los años, lo mucho que pudiste ser y todo lo que definitivamente dejaste en el tintero.

El ermitaño conmovido por estas palabras, sintió cómo su mente y su corazón se turbaban y en segundos comenzó a iluminarse; pronto comprendió lo rápido que se había dado por vencido; lo fácil que se había dejado llevar por el infortunio y por qué no pudo ver el don que había recibido; pero ante

todos aquellos cambios su corazón había quedado intacto, porque fue llamado para ser la mancuerna que permitiría seguir manteniendo la unidad. Se percató de que solo se había dedicado a admirar las diferencias y no la posibilidad de que dentro de esta misma la hermandad persistiera. Avergonzado por su equivocación se tumbó en la árida tierra y brotaron torrentes de lágrimas de sus ojos; entendió que el dolor seguía perturbando su corazón, que seguía siendo susceptible a las consecuencias de sus elecciones, y que ansiaba profundamente no estar solo, es decir, seguir siendo humano.

Desde sus adentros pedía perdón, a grandes voces; reclamaba devolver el tiempo y tener una nueva oportunidad para hacer las cosas de una manera diferente. El viento arreció en su movimiento y grandes partículas de tierra y de polvo envolvían a este hombre ya anciano. Con una voz implacable el viento contestó a su clamor preguntando si acaso no había entendido lo que le acababa de explicar. El tiempo humano no concibe regresiones, debes aprender a vivir con tu decisión, e idear el camino que quieres seguir en tu presente. Algo si tengo por decirte: durante tu estancia en la lejanía, otros decidieron quedarse y luchar; no por congelar en el tiempo los mejores momentos vividos, sino que se centraron en buscar la humanidad en medio de grandes montañas de diferencias, para así poder renacer después semejante tormenta.

En un inicio se trató de respetar y de conciliar, de encontrar ese punto exacto donde brillara la necesidad de subsistir, la responsabilidad por guardar un orden y el respeto por la identidad. El ermitaño atónito preguntó ¿entonces por cuánto tiempo he estado en estas montañas? Lo suficiente -reconoció el viento- como para que generaciones enteras visitaran este mundo. Tu intransigencia te recluyó, mermó el pasar del tiempo y permitió que pudieras ver lo que es el mundo hoy día.

Las cosas malas no han sido borradas, pero la cantidad de individuos que luchan por mantener un orden y una equidad aumenta. Apostaron por el aprendizaje y los valores y, muchos ya se comunican sin que las palabras sean desconocidas; se adaptaron a hablar diferentes lenguas. Y era en la palabra adaptación, donde se encontraba la solución a lo que estaba turbando tu alma. Ser luz en medio de la oscuridad.

A eso fuiste llamado, como otros tantos, porque hasta en un desierto existen oasis y son los encargados de dar vida a pueblos que nacieron con toda la naturaleza en contra.

Aquellos momentos de silencio y de tensión entre el ermitaño y el viento se extendieron por varios minutos; mientras el primero reflexionaba acerca de si su decisión había sido la correcta, el otro no entendía como aquel viejo seguía sin pedir poder ver ese mundo en construcción del cual él le hablaba. Era doloroso notar la duda en sus ojos y el miedo a darse cuenta de que se había equivocado. El viento intentó seguir con su relato, demostrarle cómo la humanidad durante años de lucha hoy podía establecer las bases de la convivencia. Con voz estrepitosa el viento incitó al ermitaño a descubrir que existían lugares desde los cuales se gestaba el conocimiento; que existía la búsqueda de aprendizajes sin barreras y con un sentido social, en la que se esperaba llegar a esa esfera sublime que enaltece la condición de ser seres humanos.

De una buena vez y tras un pestañear de milésimas de segundo, todo se aclaró en la mente del ermitaño; ahora se encontraba en un hermoso claustro. Llegar a la verdad permitió que todos esos años vividos se esfumaran y que nuevamente se sintiera como aquel hombre joven que partió de su pueblo. Su mirada cambió de inmediato y volvió a ella la luz de quienes tienen sueños por alcanzar. En su rostro solo había líneas que expresaban alegría y necesidad de descubrir todas las invenciones que el mundo de hoy aportaba. Para él era una novedad cómo cada individuo desde sus virtudes aportaba para que cada rincón del mundo viviera bajo la luz de la verdad y del conocimiento, porque esto es lo que verdaderamente abría a los humanos las puertas hacia la sabiduría y la libertad.

Orgullosa de su labor el viento siguió su rumbo y este nuevo joven se convirtió en un ávido aprendiz, que a través de su experiencia intentaba que otros comprendieran el significado del concepto de unidad; para algunos, escucharlo era todo un deleite y sus historias eran parábolas producto de su imaginación. Aún este debía trabajar por conocer más de todos aquellos términos que englobaban la convivencia. Pronto, recordar el pasado también se convirtió en algo irreal, tan solo una anécdota que le permitió a él y a sus hermanos crecer como persona, que hoy eran vecinos, amigos, extraños o extranjeros. Siempre existiría algo que conectara entre ellos, así fuera solo la necesidad de supervivencia o algo más grande como la paz y la convivencia.

A simple vista esto es una historia con un final feliz, pero no es otra cosa que la alerta de que el tiempo que perdemos al enfrascarnos en nuestro propio ego, es nuestra mayor condena. Vivir un día o años en un autoexilio es un castigo; aprender a vivir una vida nueva es un desafío e intentar hacerla mejor para todos es un regalo divino.

